

Anales del Seminario de Historia de la Filosofía

e-ISSN 0211-2337

<https://dx.doi.org/10.5209/ashf.73796>

 EDICIONES
COMPLUTENSE

Carlos Fernández Liria y Luis Alegre Zahonero, *Marx desde cero: para el mundo que viene*, Madrid, Akal, 2018, 336 pp.

Con «Marx desde cero: para el mundo que viene» Carlos Fernández Liria y Luis Alegre Zahonero hacen un esfuerzo filosófico por recordar la inminente actualidad y claridad explicativa de *El Capital* a la hora de alumbrar la compleja realidad de nuestros días.

Los autores comienzan su reflexión tomando como motivo un fragmento del Libro III donde Marx se pregunta por el papel de la libertad en las sociedades modernas. ¿Y si aquella no tuviese cabida en éstas? El filósofo nos sugiere que para pensar la libertad hace falta un más allá del reino de la necesidad. Por reino de la necesidad debemos entender que la existencia humana es material, que necesita de cuidados y, por tanto, necesita entrar en un metabolismo con la naturaleza para satisfacer sus necesidades. Ahora bien, el ser humano no se reduce a este ámbito de supervivencia, sino que quiere vivir con dignidad (este es el más allá). Tal vez esto no sea posible en una sociedad capitalista pues en ella domina el reino de la necesidad, el reino de la necesidad del capital. Ello quiere decir que la existencia humana en toda sociedad capitalista se encuentra inmersa en un proceso de producción ilimitado y ciego, un proceso que consume su tiempo de vida. Parecería claro entonces que, para posibilitar ese reino de la libertad, ese más allá, y para, en definitiva, vivir con dignidad, habría que generar tiempo libre. Esto es, habría que dominar el proceso de producción y regular el metabolismo entre el hombre y la naturaleza. Ahora bien, ello recibe el nombre de comunismo.

Al tomar como clave interpretativa de *El Capital* esta idea de que el comunismo es un medio para superar el capitalismo, los autores estarían realizando una lectura republicana de la obra de Marx. Dicha lectura se estaría confrontando críticamente con ciertos marxismos históricamente acontecidos. Y es que, si reconocemos que en las sociedades modernas tiene lugar un encuentro entre tres realidades, a saber, Capital, Mercado y Derecho; desde ciertos marxismos se ha tendido a interpretar dichas realidades como siendo tres caras de la misma moneda. No obstante, a ojos de nuestros autores la urgencia filosófica reside en pensar la diferencia entre ellas: es imperativo pensar una alternativa al capitalismo donde pueda haber Derecho y Mercado (entendido como intercambio).

De esta manera, Liria y Alegre descubren que del encuentro entre Capital y Derecho en las sociedades mo-

dernas surge una ficción jurídica, una ficción denunciada desde tiempos de la Ilustración. Y es que en la sociedad moderna se está otorgando la condición de ciudadano a aquellas personas que no pueden serlo. En efecto, la idea de ciudadanía se venía sosteniendo sobre la igualdad, libertad e independencia civil de los seres humanos. Una persona es independiente civilmente de otra si posee sus propios medios materiales de subsistencia, si no depende de otra persona para sobrevivir. No obstante, en una sociedad capitalista hay una parte de la población que no dispone de dichos medios materiales, de hecho, depende de un mercado de trabajo para poder subsistir: depende del capital. Por tanto, es una ficción reconocer a esa parte de la población su condición de ciudadano libre, igual e independiente, cuando gran parte de sus decisiones políticas estarán orientadas a favorecer a aquello de lo cual dependen para sobrevivir.

No obstante, es el encuentro entre Mercado y Capital en las sociedades modernas el que más atención recibe y el que ocupa el grueso de su libro. Liria y Alegre descubren que la diferencia entre Capital y Mercado no solo queda velada por el fetichismo y la mistificación propios de una sociedad capitalista con intercambio generalizado, sino también de la mano de los economistas políticos. Esto es, son los propios economistas políticos los que defendían en tiempos de Marx, y siguen haciéndolo actualmente que, al igual que en el mercado se intercambian mercancías (M-D-M), también se puede intercambiar dinero –aun cuando ello solo tenga sentido si hay un incremento (D-M-D')–.

Nuestros autores, siendo fieles al Libro I de *El Capital*, cuestionarán esta última asunción y buscarán revelar todo lo que se esconde tras ella. Justamente por ello propondrán que nos imaginemos un mercado de competencia perfecta, donde no haya robo ni fraude, sino solo propietarios libres e iguales que ponen en común sus dispares mercancías para intercambiarlas. En dicho mercado, se cambiarán mercancías equivalentes, siendo el valor lo común a todas ellas y lo que posibilita su intercambio (lo que hará que una mercancía valga más o menos es el tiempo que socialmente se necesite para su producción en condiciones medias; el trabajo simple, abstracto y socialmente necesario que se aglutine en ella). Nótese que del intercambio de equivalentes (M-D-M) se sigue la imposibilidad de enriquecimiento (D-

M-D'). Este es el reto que ya Marx había lanzado a los economistas políticos, reto que él mismo había recogido ante los intentos de éstos de comprender el Capital (D-M-D') a partir de la esfera del intercambio (M-D-M). Dichos economistas políticos terminaban aludiendo a la acumulación originaria, esto es, al cuento de la cigarra y la hormiga. Quizá habría que reflexionar sobre la actualidad de este cuento, pues ¿cuántas veces de manera cotidiana no se ha explicado que aquellas personas que han hecho una pequeña fortuna se debe a su duro esfuerzo y su capacidad ahorrativa (comportamientos propios de la hormiga)? O ¿cuántas veces no se ha escuchado decir que aquellas personas que sufren dificultades económicas tienen un carácter más parecido a la cigarra, a saber, holgazán y vago?

Marx calificaba a semejantes narraciones de ser cuentos, de ser una ficción. Y enfatizaba en que había una forma de explicar el ciclo D-M-D' sin violar el intercambio de equivalentes propio de la esfera la circulación, aunque ello supusiese alejarnos de dicha esfera. Justamente por ello nuestros autores consideran que aquellas lecturas marxistas que defienden que D-M-D' se deduce dialécticamente de M-D-M están profundamente erradas, pues se dejan llevar por la apariencia mercantil de un proceso que ocurre en otro lugar, a saber, en la esfera de la producción. Y es que quizá el economista Schumpeter fue mucho más agudo al detectar que el plusvalor no se deduce del valor. Esto es, el plusvalor –noción que nombra el incremento de valor entre D y D'– es posible porque en el mercado aparece una mercancía que, una vez usada, genera valor: la fuerza de trabajo. Esta mercancía es comprada a su valor, y, por tanto, en un régimen de intercambio de equivalentes. No obstante, usar dicha mercancía es ponerla a trabajar durante una jornada laboral en la cual producirá mercancías. Dichas mercancías serán, a su vez, llevadas al mercado y tendrán un valor superior al de la fuerza de trabajo. Si ello es así, es porque en la jornada laboral hay un tiempo de trabajo necesario donde el trabajador genera mercancías con valor equivalente a su fuerza de trabajo, y un tiempo de plus-trabajo donde genera mercancías para su comprador (capitalista) sin recibir equivalente alguno. Todo ese trabajo quedará cristalizado espectralmente en las mercancías, esto es, aunque no se pueda experimentar una parte de ellas será producto necesario y otra plus-producto, encontrándose en este último el origen del incremento de dinero (D-M-D').

La razón de que la fuerza de trabajo aparezca en el mercado como mercancía no se debe a que el dinero pueda comprarla, sino que lo descubrimos a través de una serie de ácidos relatos en torno a las desdichas del señor Peel y los infortunios de Alejandro Humboldt en el Nuevo Mundo. Y es que en el Nuevo Mundo estaba ocurriendo lo mismo que en el Viejo tres siglos atrás: una violenta expropiación de los medios de subsistencia. Bien es cierto que dicha violencia física pudo ocurrir una única vez, pero no por ello sus efectos se dejan de perpetuar. De la mano de la noción de violencia estructural (tomada de Althusser, Balibar y Rancière) y de causalidad ausente, Liria y Alegre afirman que hay rea-

lidades que son violentas por el mero hecho de existir, como el estar despojado de los medios de subsistencia. Asimismo, añaden, si seguimos las reflexiones de la última edición del Libro I (edición francesa) y consideramos el ciclo D-M-D' en su reiteración diaria (D'-M-D'', D''-M-D''') repararemos en que tras la apariencia mercantil está teniendo lugar un intercambio entre dos clases, la obrera y la capitalista, donde ésta última opera como el conquistador, pagando con lo que previamente ha expropiado.

Así, descubrimos que aquello que hace que la sociedad moderna sea capitalista es la irrupción de la fuerza de trabajo en el mercado, una irrupción tal, que provoca que la sociedad entera respire a través de él. La mejor manera de comprender dicha sociedad moderna y capitalista es de la mano de la teoría del valor, aunque ésta no sea una herramienta satisfactoria para calcular los precios de venta de las mercancías, como argüía Schumpeter. Ahora bien, la teoría del valor permite entender el capital. Más en concreto, nos permite calcular cuánto tiempo se emplea en satisfacer necesidades humanas y cuánto tiempo en satisfacer las necesidades del capital.

En efecto, la tasa de plusvalor, al expresar la proporción entre el tiempo de trabajo necesario y el tiempo de plus-trabajo, nos revela que en las sociedades modernas capitalistas el fin de la producción es la satisfacción de las necesidades del capital, cuyo efecto secundario puede ser la satisfacción de necesidades humanas. De hecho, la producción de plusvalor tiene su propia lógica y sus propios problemas, que no tienen por qué coincidir con los humanos. Por ello, aumentar la jornada laboral o hacer que el valor de la fuerza de trabajo disminuya, son las formas absoluta y relativa de producir plusvalor; y, aunque ello tenga consecuencias perniciosas para la existencia humana y la sostenibilidad del planeta, el capital no puede detenerse en tales asuntos. Pensémoslo, cuando una maquinaria que permite duplicar la producción, en ningún caso la sociedad capitalista se pregunta si prefiere trabajar la mitad fabricando la misma cantidad que antes, sino que cuanto más y más rápido se produzca, mejor. Se descubre, entonces, que dicha sociedad se encuentra en una situación muy grave: si entra en un metabolismo con la naturaleza es para satisfacer las necesidades del valor que se valoriza.

En base a lo expuesto, los autores expresan que el futuro que se nos viene encima es preocupante a nivel ecológico, social y humanitario. Proponen que seamos comunistas como medio para que el Derecho tenga una oportunidad y no se generen ficciones jurídicas. Proponen que seamos comunistas para que el intercambio no se sustente sobre una escisión en clases que defina previamente a los individuos. Enfatizan en que quizá debamos ser comunistas como medio para generar tiempo libre y regular colectiva y sosteniblemente el metabolismo con la naturaleza. En una palabra, tal vez debamos ser comunistas para poder ser libres.

Eva Blaya Melchor
eblaya01@ucm.es

Universidad Complutense de Madrid